



NARRATIVA ESPAÑOLA

CUATRO LIBROS DE RELATOS

MIGUEL DELIBES, MARTINEZ-MENCHEN, JORGE C. TRULOCK Y JOSE MARIA SANJUAN

por

JOSE DOMINGO



En muy pocos momentos como en éste la actualidad de nuestras letras en el género de la narración corta nos ha brindado tanto material para escoger y aun reservar con miras a otra futura ocasión. En ésta nos hemos decidido por cuatro interesantes libros: «Viejas historias de Castilla la Vieja», de Miguel Delibes (1); «Las tapias», de Antonio Martínez-Menchén (2); «Carta a la novia», de Jorge C. Trulock (3), y «Un puñado de manzanas verdes», de José María Sanjuán (4). Uno de los nombres más importantes de nuestra actual novelística, Miguel Delibes; dos narradores jóvenes, más por razón de su obra que de su edad, Martínez-Menchén y Trulock, y otro al que se ajusta, con toda precisión, el tan manoseado epíteto de malogrado, José María Sanjuán, desaparecido cuando apenas si había empezado a darse a conocer del modo más favorable.

El volumen que con el título de «Viejas historias de Castilla la Vieja» nos presentan al alimón Alianza Editorial y Editorial Lumen, incluye, además de las narraciones o estampas agrupadas bajo dicho epíteto, el diálogo «La caza de la perdiz roja». Ambas obras habían sido ya publicadas en la bella colección «Palabra e imagen», de la citada editorial barcelonesa, colección que responde perfectamente a su doble enunciado al realzar el contenido literario de los libros que nos ofrece con una ilustración fotográfica abundante y de la mejor calidad. Pero, como es natural, una colección de la índole de «Palabra e Imagen», de formato lujoso y coste encajado por la profusa ilustración—ya de por sí valiosísima—, resulta inasequible para un buen número de lectores. Ahora esta nueva edición, tan pulcra y cuidada como es norma en Alianza Editorial, pone estas obras al alcance de todo el mundo, virtud nunca bastante ponderada de estos libros de bolsillo que revolucionan nuestro panorama editorial y en el que la joven firma madrileña ocupa un merecido puesto de vanguardia. Y adelantémonos a decir que si los textos delibianos perdieron el ornato de las bellas interpretaciones de artistas fotógrafos como Ramón Masats y Oriol Maspons, su alta calidad literaria les permite prescindir de ellas con toda dignidad.

Sería de todo punto innecesario, además de fatuo, pretender descubrir a estas alturas a Miguel Delibes como uno de nuestros mejores y más sazonados novelistas, pero no estará de más subrayar que en este libro se confirman cumplidamente sus cualidades de eficaz narrador y gran prosista, lo que convierte su lectura en un delicioso ejercicio. «Cuando yo salí del pueblo, hacia la friolera de cuarenta y ocho años...», así empiezan estas «Viejas historias...», estas páginas entrañables con que el protagonista, un viejo indiano de regreso en un pueblecito de Castilla, va dándonos la radiografía, material y espiritual, del lugar al que le retorna su querencia al cabo casi de medio siglo, es decir, de toda una vida. Y a las amorosas descripciones de lugares y de personajes, de psicologías individuales y colectivas, se añaden anécdotas, modos de vida en que la más seria gravedad se sazona de chuscos incidentes. Una penetrante poesía natural, un grato aroma a hierbas del monte escapa de estas páginas, en que la emotiva ternura del regreso está refrenada por una brisa de humor nunca amargado o resentido, siempre palpante de amor. Como igualmente son naturales los diálogos, naturales y sobrios, pues la sobriedad cuenta entre las más encomiables cualidades del libro, escrito en un tono monocorde, perfectamente adecuado al propósito del autor.

Y por debajo del entramado de la prosa se escucha la lección de estos cuarenta y ocho años que han pasado por el pueblo—un pueblo castellano al margen del desarrollo y del turismo—sin otro cambio perceptible que el relevo de generaciones, ya que el Juan de hoy es hijo del Juan de ayer y será el padre del Juan de mañana, pero dejando inmóvil todo lo demás, en un estancamiento que amenaza perpetuarse. En este aspecto la obra de Delibes adquiere la enorme fuerza de un testimonio que no precisa de alardes ni aspavientos.

En cuanto a «La caza de la perdiz roja» se trata de un sabroso diálogo en torno a un tema—el de la caza—que tan caro le es a nuestro novelista. Un diálogo en que el sentido popular y cazurro de un cazador sententón, Juan Gualberto el Barbas, se contraponen a los cultos conceptos de otro cazador en quien no es difícil identificar al autor. Al concepto orteguiano de la caza como un modo de regreso del hombre de hoy al estado natural del «Homo praedator», del cazador paleolítico, completado por Delibes con el placer de recobrar al término de la jornada esas satisfacciones hogareñas comúnmente desdenadas, hasta que se acusa su falta, el viejo Barbas opone el tipo del cazador nato que siente la caza con la dignidad de cualquier otro oficio y para quien «únicamente la caza de animales que sirven para algo justifica el ejercicio venatorio». Sin que la dignidad profesional amenegüe en algo con el concepto utilitario. Inútil es decir la monstruosidad que representan para el veterano cazador esas cacerías gigantescas en que los «señorones de postín» se permiten cobrar

quinientas perdices en una sola jornada. La sabrosa mezcla de los conceptos cultos con los populares y lo ajustado de la prosa—una prosa en que pájaros y árboles y cosas que sirven para trabajar, para vivir y para morir, reciben sus verdaderos nombres, olvidados por nosotros los hombres de ciudad—hacen que este diálogo sobre la caza de la perdiz se lea con verdadero interés y deleite, por alejados que podamos creernos del tema.

Antonio Martínez-Menchén no puede ser saludado como un recién llegado al campo de nuestras letras, ya que, además de haber publicado con anterioridad otra novela—«Cinco variaciones» (5)—, su firma es habitual en numerosas revistas y publicaciones. No obstante, la circunstancia de no conocer su obra anterior nos sitúa ante su nuevo libro con la misma expectación que si de un autor novel se tratara. Apresurémonos a decir, sin embargo, que «Las tapias» es una



MIGUEL DELIBES

buena muestra de su madurez como escritor y, lo que es más, descubre una indudable personalidad en el campo de la narrativa española. Se trata de un conjunto de relatos a los que presta unidad en su mayor parte el tener como protagonistas a personajes psicopáticos o de comportamiento transitorio más o menos relacionado con la psicopatía.

La primera narración—que presta su título al volumen—es a modo de una introducción muy de tono clásico. Un muchacho que acompaña a cazar a su padre describe sus impresiones personales: los incidentes de la caza, las trochas o los vericuetos del paisaje, las pequeñas cosas de la naturaleza que se nos fijan en la mente cuando niños y ya nada podrá desarraigar en el curso de nuestra vida. El relato, idílico, coloreado, jugoso, alegre, se detiene de pronto ante unas tapias. Se encuentra el muchacho delante de la elevada cerca de un sanatorio psiquiátrico. A todos nosotros se nos ha impuesto alguna vez la tenebrosa sugestión de un manicomio: algún conocido al que hemos acudido a visitar; un ululato humano escapado de su recinto en un crepúsculo sombrío... No es raro que al muchacho le parezca que tras aquellas tapias se encierra «todo el terror del mundo... todo lo horrible, lo amenazador, todo lo diabólico que en el mundo existe». Ahora que nos cuenta sus impresiones, ya adentrado en la madurez, se vuelve con nostalgia hacia aquellas tardes perdidas: «Mi padre, los perros, la ladera cubierta de tomillos, el arroyo de la cañada»; pero ya está curado del temor a aquellas tapias. Es que ahora sabe «que el miedo, el demonio, la locura, no están aislados. Ninguna tapia nos separa a 'ellos' y a 'nosotros'».

Algunos nombres—Kafka, Borges, Sábato, Cortázar—, con su mezcla de realismo y fantasía, nos asaltan al leer las narraciones de Martínez-Menchén; varios de ellos citados por el propio autor. Lo que no quiere decir que ninguna de las posibles influencias condiciona su personalidad. Nuestro narrador, aunque guste de adentrarse en el campo de lo patológico, y muestre una natural propen-

sión a lo fantástico, nunca abandona el firme terreno de la realidad, como tampoco el de la poesía. Porque hay mucha poesía en las páginas de «Las tapias» y no poca ternura prodigada en torno de estos seres, algunos de los cuales han trascendido las líneas fronterizas de lo racional, mientras otros se mantienen en nuestro propio mundo, con nuestras mismas manías, nuestras reacciones individuales, nuestra conducta de seres habitualmente normales que alguna vez transgreden, en algún sentido, el limitado ámbito de la cordura. Aislamiento del hombre, soledad, insatisfacción sexual, inculco fanatismo, proceso fatal de la muerte, necesidad de comunicación para no sentirse tan solos ante lo absoluto, tales son las constantes de estas narraciones en las que Martínez-Menchén presenta una gama amplísima de individualidades. Narraciones en las que la truculencia del tema se contrapesa con el empleo de los más sencillos elementos, con los cuales se adensa un ambiente siempre conseguido y distinto, lo que constituye uno de sus mayores méritos.

Con el libro «Carta a la novia», de Jorge C. Trulock, nos encontramos ante unas narraciones de signo y objetivo totalmente distintos. Los relatos de Trulock nos confirman el proceso de un escritor ambicioso que pretende apartarse de nuestro realismo tradicional. Si tomamos como ejemplo el relato que da nombre a la totalidad del libro llegará a parecernos que nos encontramos en el ámbito de los procedimientos objetivos tan caros a los escritores del «nouveau roman» francés, aunque también pudiera pensarse en el «flujo continuo» del «Ulises» joyceano. La carta a la novia, esa carta que no llega a terminarse y cuyo contenido no se nos descubre, es un mero pretexto para describirnos minuciosamente el mundo de objetos en que se desenvuelve un joven durante algunas horas del día. Los movimientos del protagonista se nos presentan con la objetividad de alguien que los contemplara sin buscarles ninguna justificación externa. Apenas si en dos o tres ocasiones tenemos ocasión de conocer algunas reflexiones circunstanciales. Son páginas que denotan un espíritu de observación muy agudo y a las que no harían falta para conseguir plenamente su objetivo más que un léxico más preciso y abundante del que maneja el autor.

Aunque el procedimiento se repita en alguna otra narración, la mayoría de las incluidas en el libro—no en balde se trata de una selección y no de una obra unitaria—obedece a moldes más habituales, aunque en todas sobresalga ese espíritu de observación al que antes nos referíamos. Aprender el momento fugitivo, la anécdota mínima, no deshumanizada, aunque sí de contenida emoción. Así, cuando se nos refiere el momento dramático, repetido a cada actuación, de la trapecista que se juega la vida, en el que se nos da, con sobriedad de medios, la densa sensación de ese momento que es como una paralización del humano existir de unos seres fuera del tiempo, del pensamiento, de todo lo que no sea el balanceo arriesgado en el trapecio y la terminación de la prueba.

En algunos momentos, el autor elude darnos una definición precisa de las cosas y deja al criterio del lector una gama de posibles interpretaciones, al igual que ocurre con algunas pinturas informalistas. Otras veces, la narración se resuelve en una serie de interrogaciones: «Se acerca el mediodía, el calor, y la calle se va quedando sola. ¿Dónde está el hombre? ¿Dónde está la mujer? ¿Dónde está el niño? ¿Dónde está el gato? ¿Dónde está la hija? Un sopor de nubes y calor cae...» Tras el animado cuadro que antecede a lo transcrito, la calle se queda vacía, solitaria, presa del abrumador calor del mediodía.

Gusta asimismo Jorge C. Trulock del empleo de series de oraciones yuxtapuestas o de la prolongada enunciación de cosas, a modo de martilleantes letanías. En la narración titulada «El campo» recurre con frecuencia a tales procedimientos, como a multiplicar los complementos circunstanciales: «Dentro, la mujer, el hombre, el guardia, el cura, el niño, el caballo...» «Un telón, un pueblo, una ciudad, un mar, una meseta...» El campo, el tiempo, el fuego, el agua. «Media hora en el campo, en la soledad del campo, en la noche...» Con tales acumulaciones, se trata de producir una ampliación conceptual en que la posible monotonía se quiebra por las abundantes sugestiones plásticas de los distintos elementos.

Mucho se podría decir de este interesante libro y de las diversas experiencias—más o menos logradas—que acomete. Señalémoslo como una significativa selección de la la-

bor narrativa de un autor del que cabe esperar una firme línea ascendente.

*

Del libro de narraciones «Un puñado de manzanas verdes», de José María Sanjuán, con el que Ediciones Destino rinde un póstumo homenaje al ganador del Premio Eugenio Nadal 1967, debe elogiarse sin reservas su frescura, su honestidad, su ausencia de artificios literarios. Son relatos expresados en una prosa directa, en los que se agrupan principalmente impresiones de infancia o adolescencia, vividas algunas tal vez, imaginadas con seguridad las más. La obra denota una rectitud de procedimientos, una fe en la vida y en la humanidad realmente conmovedoras. Ya al escribir sobre su novela: «Réquiem para todos nosotros», en estas mismas páginas (v. núm. 258 de «Insula»), hacíamos hincapié en el propósito moralizador del novelista.

Los muchachos de las narraciones de Sanjuán son seres incapaces de toda mala acción; sus travesuras son mínimas y se hallan bien dispuestos al arrepentimiento ante la reprimenda comprensiva de los mayores. Su respeto a la jerarquía de éstos es algo difícil de conciliar con la turbulencia de los jóvenes de hoy. Aman a sus mayores, siguen dócilmente sus sabios consejos, lloran su muerte. Son, sin duda, los niños ideales que tantos quebraderos de cabeza evitarían a la sociedad actual.

Pero Sanjuán sabe expresar con acuidad las distintas fases del proceso porque atraviesa un niño en el difícil tránsito que conduce a la adolescencia y que está jalonado por acontecimientos que, mirados a la distancia de muchos años, pueden antojársenos pequeños: el primer cigarrillo, la primera decepción amorosa, el miedo a encararse con la muerte, el misterio del mundo sexual de los mayores. Es indudable que en el sensible espíritu de José María Sanjuán los recuerdos infantiles debieron marcar huellas muy profundas. Ello le permitió trazar cuadros muy expresivos, empapados de poesía y de ternura, alguno de los cuales, como «El ojo del mundo», reúne las características de una pequeña obra maestra de la literatura que tiene por protagonista a la infancia.

Para quien desee pasar un rato sedante con la lectura, lejos de exigencias de esfuerzo comprensivo y de las conmociones que sacuden al mundo actual—apenas si rozado en leves momentos—, el libro de José María Sanjuán será un plácido y gustoso remanso. Lástima que no pueda hablarse de promesa en este caso. La vida fue cruel para este escritor joven, en quien la bondad se adivina como una de sus principales características.



BIBLIOTECA ROMANICA HISPANICA

Dirigida por DÁMASO ALONSO

NOVEDADES

- SOLITA SALINAS DE MARICHAL: *El mundo poético de Rafael Alberti*. 272 págs. Ptas. 140.
OSCAR TACCA: *La historia literaria*. 204 págs. Ptas. 120.
LUIS HJELMSLEV: *El lenguaje*. 188 páginas, una lámina. Ptas. 130.

REEDICIONES

- ANDRÉ MARTINENT: *Elementos de lingüística general*. Segunda edición revisada. 276 págs. Ptas. 140.

DE PROXIMA APARICION

- BRUNO MIGLIORINI: *Historia de la lengua italiana*.
OTIS H. GREEN: *España y la tradición occidental*.
WINFRED P. LEHMANN: *Lingüística histórica*.
MANUEL ALVAR: *Estructuralismo y geografía lingüística*.
A. SÁNCHEZ ROMERALO: *El villancico*. Estudios sobre la lírica popular en los siglos XV y XVI.
EILEEN M. CONNLY: *Leopoldo Panero*. La poesía de la esperanza.
OTHON ARRONIZ: *La influencia italiana en el nacimiento de la comedia española*.

EDITORIAL GREDOS, S. A.
Sánchez Pacheco, 83
MADRID-2 (España)

(1) «El libro de bolsillo», Alianza Editorial-Editorial Lumen, 1969.
(2) «Nueva narrativa hispánica», Seix Barral, Barcelona, 1969.
(3) Editorial Azur, Madrid, 1969.
(4) «Ancora y delfín», Ediciones Destino, Barcelona, 1969.

(5) «Biblioteca Breve», Seix Barral, Barcelona.